

Amistad hispano-árabe: Nace una asociación cultural

Hace unos días Antonio Gala declaraba en este diario que la Reconquista —como fenómeno de la Historia de España— en realidad fue una invasión también. Y no sólo, como pudo leerse en un primer momento, una invasión. La aclaración era necesaria al echar a andar la recién nacida Asociación de Amistad Hispano-Árabe con un programa de actividades denso y amplio —conferencias, festivales, semanas de cine y excursiones, premios y becas—, porque conviene que su andadura sea expedita y libre de tropiezos.

Pienso que la creación de una asociación como ésta u otra alternativa se presentaría en un ambiente cultural donde no sólo aparecen «moros en la costa» —literalmente hablando, los jeques del petróleo que adquieren suntuosas mansiones en la Costa del Sol—, sino un neoarabismo literario, poético más concretamente, que ha dado lugar a una lírica de «mester andalusi». Antonio Gala, presidente de la nueva Asociación, escribe en «Charlas con Troylo» que Andalucía «es el más distinto de todos los países españoles —dejémosle su propio lenguaje— porque estuvo más tiempo plena y diferenciada». Y no convendría olvidar la frase.

La creación de la Asociación de Amistad Hispano-Árabe no escapará a pautas polémicas si ya desde el principio no dejamos en claro las cosas. Y damos a cada uno lo que es suyo. Recuerda Gala en otra de sus brillantes frases que en Andalucía «no es moro todo lo que reluce», ya que los árabes que entraron no tenían demasiado que ver con los que salieron. Con lo que estamos de acuerdo. Y ello desautoriza cualquier sensibilización de uno y otro sentido, y reduce a sus justos límites la filosofía de cualquier «encuentro» árabe-andaluz, de cualquier relación hispano-árabe.

Una asociación cultural tiene la imprescindible obligación de superar la Historia para trascenderla. La cultura es la espuma de la civilización, la esencia que queda en el vaso, una vez quemados en el autoclave del tiempo las demasías bélicas o los hechos históricos. Una cosa es opinar y aceptar que lo español, sin el Islam, resulta inexplicable —y sigo citando ideas y palabras del brillante dramaturgo cordobés— y otra aceptar con los ojos en blanco la cantilena del viejo personaje de «Las cifras colgadas de los árboles»: «Nunca debió conquistarse Granada.»

Ya la propia Asociación, al adjetivarse de «amistad hispano-árabe», resuelve sin más cualquier intento de seguir utilizando como arma arrojadiza la singularidad de dos pueblos, de dos culturas que anduvieron fusionadas durante varios siglos. Y que repite otra vez una constante en la historia de vencedores y vencidos (Grecia-Roma, Roma-España, godos y

árabes), donde aquéllos imponen la fuerza y éstos imponen su cultura. Bien está, por eso, que la Asociación de Amistad Hispano-Árabe surja con el convencimiento de que, al ser posible, constituye la mejor prueba de que España —la España que llegó a nuestras manos— es posible también.

Todo lo que sea salvar una vieja deuda ayudará a buen seguro a recomponer viejas fallas del rompecabezas hispano. Las rupturas siempre son traumáticas y, con el tiempo, se observa que nunca lo son totalmente. En la configuración del «homo hispanus», objeto de una de las sonadas polémicas del siglo —el «ser de España», que ha enfrentado a Américo Castro y a Sánchez Albornoz—, el Islam fue el yunque del platero donde España forjó algunas de sus singularidades, un espíritu de lucha que le permitiría adquirir su personalidad en Europa. No obstante, tampoco hay que olvidar que en la España árabe rebrotan y sacan su cabeza un legado racial, temperamental y cultural, típicamente premusulim o antislamico, asimilado por la realidad musulmana.

Oponer un «tiempo de oro» árabe al Siglo de Oro cristiano no conduce a nada, salvo a levantar ciertas ronchas residuales. Es mucho mejor sumar y no restar en esta operación cultural de largo alcance que el «eian» impalpable de la sensibilidad mediterránea empieza a imponer, gracias a un culturalismo ciertamente sofisticado, pero vivo y palpitante. Si hoy está fuera de toda duda que datos importantes de la lírica y la epopeya romance, así como elementos arquitectónicos y ornamentales del arte hispano-godo, subsisten en la cultura árabe, no podría —ni es pensable— recibirse con un mohín de suficiencia el «reencuentro» de dos culturas tan afines. Pues si en tiempos mucho más bárbaros y azarosos supieron convivir y acuñar un proceso cultural de la máxima excelencia hay que esperar que, en condiciones mucho más favorables, lo hispano-andaluz despierte en todos los órdenes aquellas posibilidades que yacen en las ramas de la sangre, en lo profundo de nuestro pueblo.

De lo que hay que huir es de las simplificaciones tópicas y de las reivindicaciones inventadas. La convivencia —incluso en el terreno de la creación cultural, de la liberalidad literaria, de la sugestión estética— sólo puede ofrecer garantías, depurando de factores extraños, de nostalgias demasiado esterilizadoras, de baratas demagogias, una herencia que nos debe unir y no separar. Para ello nace, sin duda, la Asociación de Amistad Hispano-Árabe. Y no tanto para resucitar sin término y hasta el emblematismo el llanto de Boabdil, que ya ni siquiera necesitaría conquistar Granada. La tendría ahí para admirarla.—**Florencio MARTÍNEZ RUIZ.**